



ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

**LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA OCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO**

**ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA OCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO**

© Fundación Plagio

Abril de 2018

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio

Edición | Andrés Braithwaite

Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez

Ilustraciones | Diéresis, Casco y Lino

Inscripción n° A-288656 en el Departamento de Derechos Intelectuales

ISBN: 978-956-9304-23-1

Tiraje: 20.000 ejemplares

www.antofagastaen100palabras.cl

Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA



**ANTOFAGASTA
EN 100 PALABRAS**

LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA OCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO

Este año lanzamos la novena versión de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS. Como Minera Escondida / BHP, estamos orgullosos de ser parte, desde sus inicios, de un proyecto de esta envergadura, que a lo largo de su historia ha recogido más de 26.000 cuentos escritos por personas ligadas a este territorio, transformándose en una plataforma de participación ciudadana emblemática en la región.

Estamos convencidos de que la generación de este tipo de espacios mejora la calidad de vida y la convivencia, con implicancias profundas en la manera en que nos relacionamos. Gracias a estas iniciativas logramos conocer vidas distintas, vernos reflejados en relatos que nos son cercanos, expresar nuestras motivaciones, contar nuestro pasado y mirar nuestro entorno cotidiano.

Este libro, que reúne los mejores 100 cuentos de los más de 6.000 que llegaron a la octava versión del concurso, celebra esa participación y esa diversidad de miradas, que nos interesa seguir multiplicando año tras año.

Los invitamos a leer y compartir estas historias y a escribir también las suyas en la nueva versión de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS.

MINERA ESCONDIDA / BHP

El extenso recorrido de la micro 114, el icónico león de la Plaza Colón, la nostalgia por las salitreras, el pasado que esconde la misteriosa ancla que corona un cerro y las leyendas que hay detrás de las animitas están plasmados con habilidad, emoción y agudeza en este libro, que reúne los 100 mejores cuentos de la octava versión de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS.

Como Fundación Plagio, nos alegra ver cómo en cada nueva convocatoria este emblemático proyecto de participación ciudadana crece, y que cada vez son más las personas de disímiles edades y proveniencias que se suman a la construcción de esta gran historia colectiva. Los 26.000 relatos originales que han llegado a lo largo de los años de existencia del certamen nos demuestran que los habitantes de la región están ávidos por expresarse y que la creatividad es patrimonio de todos.

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS es hoy en día uno de los concursos EN 100 PALABRAS con más versiones a su haber, iniciativa que se realiza en otras cinco regiones del país, y en ciudades tan distintas como Puebla y Bogotá, en América Latina, y Budapest, Bratislava, Varsovia y Praga, en Europa, y que en total ha reunido más de medio millón de cuentos.

En la novena versión del concurso, que lanzamos con este libro, que se repartirá gratuitamente en las diferentes comunas de la región, esperamos que sean aun más los que se atrevan a escribir su historia, a estampar su propia mirada de Antofagasta.

FUNDACIÓN PLAGIO

Se juntan en Cerro Moreno

PRIMER LUGAR

Alejandra siempre toma el mismo vuelo de Santiago a Antofagasta, el que llega a las 21.30. A esa hora, Yamil la mira a la distancia mientras ella recoge su maleta y camina rápidamente hacia él. Se reencuentran una vez al mes, solo por una semana. Muchos no entienden ni creen en su amor, pero ambos saben que ese tiempo juntos es lo más valioso que tienen. Cuando ella debe regresar a Santiago, siempre toma el vuelo de las 9.30. Con tristeza se despiden en el aeropuerto. Yamil se va a su trabajo y ella lo mira desde el cielo.

NATALIA MOYA CORREA, 24 años, Antofagasta.

Por qué hay un ancla en el cerro

Era un día tranquilo del verano de 1900. Todo iba bien hasta que la marea subió rápidamente, arrasando todo a su paso. Luego de unos 45 minutos, ya se encontraba en los cerros. Después de ocurrir este fenómeno, a un pirata que se encontraba lejos le llamó la atención ver montañas y no ciudad, por lo que decidió acercarse. Al llegar ancló el barco y comenzó a investigar tierra adentro. Tras investigar casi una hora, quiso seguir navegando, pero para su sorpresa el barco se había ido, y el ancla lo acompañó por siempre.

ALONSO AINZÚA SÁNCHEZ, 11 años, Antofagasta.

Don Alejo

Pasó por la vida sin prisa. Puntualmente, a las nueve de la mañana, abría su peluquería, la única de la oficina salitrera, con impecable delantal blanco, bien peinado, disimulando su incipiente calvicie, bigotes delgados y lentes pequeños que se apoyaban en su nariz aguileña. Así fueron todos sus días, hasta que decidió partir, tranquilo, sin aspavientos, como fue su vida. En la ventana de su peluquería alguien colgó un letrero que dice «Cerrado por duelo».

ADRIANA ÁLVAREZ MOREL, 68 años, Antofagasta.

Yo soy del desierto

Mi papá viene de un puerto del sur, y dice que cuando salía por las mañanas olía el pescado; mi mamá viene de los campos de la zona central, y dice que olía en las mañanas el aroma de las plantas frescas; yo soy del norte, y no conozco el puerto de donde viene mi papá ni puedo oler plantas por las mañanas como mi mamá. ¡Yo soy del desierto!, donde mi papá pesca arena, mi mamá ve flores de cobre y yo planto colores.

SAMUEL VARGAS VILLEGAS, 7 años, Antofagasta.

La junta de los lunes

Y así espero los lunes, con mi bolsa reciclable que contiene el cuaderno con la tabla a tratar, la bolsita con mis cartones de Antofagasta y la caja de botones y monedas para anotar los números que dicta la Laurita, los cafés que me regala mi hija para las abuelitas, mi botella con jugo de hojas de higuera, la cartera café llena con las llaves de los muebles y las puertas del Centro de Madres Servicio Seguro Social... De regreso a casa saco de mi bolsa el sándwich que no me serví... Y mi bolsa esperará el lunes.

MARGARITA DONOSO MORALES, 65 años, Antofagasta.

Puerta al paraíso

Un día normal fui hacia el norte, y de la nada vi la enorme puerta que llevaba al paraíso.

MARTINA HELMS BERNALES, 11 años, Antofagasta.

Señora Mery

Señora Mery, le dedico este cuento breve. No habrá una calle que lleve su nombre ni una plaza para recordarla. No ocupará titulares en los diarios ni saldrá en la tele como novedad. Pero usted, amiga, me vende ropa a precios rebajados y me recibe con una sonrisa franca cada vez que la visito en su casa de la calle Oviedo Cavada, donde siempre hay olor a pan amasado. Y eso no tiene precio.

VÍCTOR BÓRQUEZ NÚÑEZ, 56 años, Antofagasta.

Navidad en la calle

Una vez le di una hamburguesa al loco Víctor y me dijo «feliz Navidad». Era julio.

FLAVIO VARGAS PINTO, 19 años, Antofagasta.

Aventura marina

Éramos una tropa de esas con chalas de plástico, todos bien bronceados, ya medio morados. Teníamos una balsa grande de goma negra con un encatrado de madera abajo como soporte y una panera de plástico anaranjada bien apernada al medio para los piures y los pescados. En la playa La Chimba, íbamos felices a pescar con unas carpas hechas de saco de pan bien blancas y cosidas a pedazos. Después llegábamos con cualquier cosa para acompañar ese arroz y esa ensalada a la chilena de la abuela, que esperaba a toda la tropa familiar.

CAROLINA ARANDA ZAMORANO, 39 años, Antofagasta.

El último en volver

1879, Antofagasta en guerra. Llevamos días en el desierto, sin agua y con el sol como verdugo. No puedo más, me duermo. Despierto. Estoy solo. Camino siguiendo el sol. ¡Vuelvo a mi ciudad! ¿Pero qué son esas luces extrañas? ¿Y esos navíos a vela? ¿Y esos carruajes sin caballos? ¿Cuánto tiempo estuve en la pampa? Ando por las calles, pero no reconozco nada y la gente no me ve. ¿Que pasó? ¿Antofagasta sigue siendo chilena? En el muelle hay una bandera chilena gigante. Con sorpresa veo que una calle lleva mi nombre. Ya entiendo: soy el último veterano en volver.

MARIO PALTA RODRÍGUEZ, 47 años, Antofagasta.

El trabajo de mi padre

Hola, me llamo Marco Antonio. Quería contarles sobre mi papá. Para mí es un gran hombre que trabaja en la mar, lo cual es un gran sacrificio. Siempre lo ha hecho en varias caletas, Urco, La Cuchara, Huala-Huala, y ahora está en Michilla. Lo malo es que ahí no se encuentran ni pescados ni mariscos, y por eso debe ir a acampar a Paposos. Viaja todas las semanas y solo se queda tres a cuatro días en la casa, pero cuando la mar está mala se queda más tiempo. Ahora los dejo, porque mi papá está preparando una buena fritanga.

MARCO ANTONIO MUNIZAGA BARRIONUEVO,
11 años, Mejillones.

Fogonero

Antofagasta está dividida por la línea del tren. De madrugada, en determinados sectores, ocurren situaciones extrañas. Imprevistamente siento el traqueteo de una locomotora a vapor, que el fogonero no se cansa de alimentar. A lo lejos el silbato concentra mi atención. Más cerca escucho los resoplidos del vapor hinchando la caldera. Pero no hay nada, solo el viento de la noche. Los pies estáticos no me permitan moverme. Soy el fogonero.

JUAN LATRILLE QUIROGA, 67 años, Antofagasta.

La misma rutina

Los días ya se vuelven rutina. 6.15 a. m., en pie; 10.30 p. m., durmiendo. Los fideos con salsa no pasan de moda, ni tampoco la micro 14 que me deja en mi casa, ni las famosas exprés que cada día suben más y más de precio. El ruido del señor de «churros con manjar» se escucha en mi casa tal como el del señor de «se vende recarga de agua» y el sonido de las telenovelas de la tarde. Un mes se pasa volando igual que las palomas de la plaza.

MAGDALENA ZAMBRANO MOSCOSO, 13 años, Antofagasta.

Cadáver exquisito

Cada vez que me subo a la 114 hilo una historia con los pensamientos que creo que tienen los pasajeros. Que nadie sabe que estoy embarazada. Que el viernes me lanzo. Que la Cami me dejó en vilo. Que la colombiana me tiene harta. Que no quiero subir de nuevo. Que quiero volar como una gaviota. Que por qué no se bajan todos de la micro de una buena vez.

JUAN MAYOR AGUILAR, 29 años, Antofagasta.

Las palomas de Arturo

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

«Mamá, ¿Arturo Prat tenía una paloma?», preguntaba la pequeña mirando la estatua.

MONSERRAT FIERRO GRASSI, 11 años, Antofagasta.

El camión del pescado

Años sesenta, siglo pasado. Sobre la roca de Iquique esquina Arica, los guajaches esperábamos el camión rebalsado de pescados. Aparecía por Zenteno. Lo veíamos, y todos quietos. El gordo Barú ofrecía guantes y una sandía de premio al atrevido que los calzara. Ganara o perdiera, el premio lo daba igual. El chofer nos divisaba, lentamente, viendo cómo boxeábamos. Giraba por Arica y en la subida cambiaba de marcha, aceleraba, frenaba, y el pescado caía sobre las cabezas de los guajaches colgados del camión. Boxeadores y espectadores nos volvíamos guajaches. Eran tiempos de hambre y muchos del barrio Norte se salvaban.

LUIS PASTÉN ARAYA, 67 años, Antofagasta.

Paperland

Siempre la misma playa, a espaldas del hotel. Sucumbidos por la embriaguez, lanzábamos la última colilla en la arena y nos cortábamos las huellas dactilares para que simultáneamente paráramos de existir. Tenías la mirada fija en las gaviotas que se paraban en la orilla. Te miraba a los ojos, y de reojo miraba las manchas de vino que compartíamos con ternura y perversidad. Era primavera y el sol se estaba escondiendo. La náusea y los perros siempre duermen al atardecer. Y nosotros, prófugos del mundo, dos psiconautas recostados en las costas del reino del papel de arroz, contemplábamos el infinito.

GIANLUCCA ASTE ARIAS, 16 años, Antofagasta.

Viaje en tren a Mejillones

La estación de la calle Valdivia tenía movimiento todo el año, a causa de los viajes a Salta, Argentina. Pero nunca se vestía de mayores colores, ni su ambiente se llenaba tanto de risas y alegrías, como en octubre, cuando jóvenes y viejos cargando canastos y bolsos con té, pan y huevos duros abordaban los vagones rumbo a Mejillones. La chiquillada no paraba de cantar ni las abuelas de tejer sus historias. Pero toda la magia del tren solo duró hasta la década de los setenta. La estación comenzó entonces un sueño del que todavía no despierta.

ALLAN CORTÉS ROMERO, 70 años, Antofagasta.

Llenos de vida

Los dos amigos emprendieron una travesía en sus bicicletas con destino a Coloso. Sus provisiones eran dos botellas de agua, un plátano, una manzana y unas papas fritas que tenían dentro más aire que papas. Antes de emprender el regreso, subieron bicicletas en mano uno de esos cerros empinados típicos de Antofagasta. Llegaron a la cima, se sentaron en la tierra, devoraron sus provisiones, observaron el mar sin fin, pensaron un poco y se dispusieron a bajar a toda velocidad. Derraparon por las curvas con adrenalina pura, y el viento en sus caras los hizo sentir vivos.

BELÉN OLMOS PALACIOS, 18 años, Antofagasta.

Llegada

Después de permanecer meses en barco cruzando el Atlántico, de soportar las inclemencias del turbulento Cabo de Hornos que conecta con el Pacífico, de bordear el territorio austral y parar en los puertos de Punta Arenas, Talcahuano y Valparaíso, de desembarcar en Topopilla y subir al ferrocarril que surca el desierto en trocha angosta; después de descender en la última estación en medio de la pampa y terminar el recorrido en diligencias empujadas por mulas acompañadas de tropas de llamos cargueros, finalmente la fina loza inglesa y los vestidos franceses pudieron llegar a su destino en la oficina salitrera.

FELIPE ANDRADE LEGUA, 28 años, Antofagasta.

¿Adónde irán los perros callejeros?

Desde la playa los veo caminando con rumbo aparentemente fijo. Cruzan la calle como cualquier peatón. No vacilan, no cambian el rumbo, se esparcen en la calle como la sangre en las venas, como las hormigas en el hormigero. Parecen apurados. ¿Adónde irán los perros callejeros? Ojalá alguien los espere.

RENZO BOSI MERINO, 17 años, Antofagasta.

Baquedano

Me crié en la estación de ferrocarril de un pueblo que tenía 380 habitantes. Cuando invitaba a mis amigos de Antofa a Baquedano se sorprendían de lo seco que era Baquedano, pero yo siempre he amado el desierto, y cuando me mudé a Antofa me di cuenta de que extrañaba la tierra en la calle.

SOFÍA LINARES BAÑOS, 14 años, Antofagasta.

El Manutara

Bolicho de barrio, pero no de cualquiera, sino de uno residencial, en la esquina de Galleguillos Lorca con General Velásquez. Mi querido tío Enrique... Recuerdo que cuando a mi abuela se le perdía de la casa, ya sabía dónde estaba: en el Manutara... Y de un ala lo sacaba.

GLADYS CHIANG OSSANDÓN, 55 años, Antofagasta.



Ilustración de Diéresis para el cuento «Se juntan en Cerro Moreno» (p. 9).



Recuerdo de infancia

Lo recuerdo bien. Era una mañana de domingo. El olor a empanadas de pino venía de la cocina. Tomaba desayuno y salía con mi abuelo rumbo a la Plaza Colón. Podía observar cómo las palomas se reunían a comer las migas de pan que niños y abuelitas les tiraban, pero lo que a mí me convocaba ahí no era eso, sino el hecho de enfrentarme al león, al gran león de la estatua al que yo, siendo pequeña, veía tan grande. Ahora lo miro y me doy cuenta de que soy mucho más grande que él.

DANIELHA CHAMORRO VILLARROEL, 13 años, Antofagasta.

Viaje en bus

Me subo como todos los sábados al mismo bus, siempre conducido por el mismo chofer, y me siento en el mismo asiento en que me siento desde hace un año, el que da a la ventana, ese que tiene un rayón que dice «Kevin ama a Camila», y me pregunto si Kevin sigue amando a Camila o si Camila se fue a estudiar a Antofagasta y se separaron por la hora que se demora el tramo.

FRANCISCA GALLARDO SALGADO, 15 años, Mejillones.

Solo tres días

Abro los ojos con la dificultad de quien sueña con quedarse diez minutos más en la cama. Respiro el aire helado que solo hay a más de tres mil metros de altura. Miro por las ventanas de los containers/dormitorios y el viento se lleva rápidamente el paisaje. El café no tiene el sabor de la familia y la comida en largas filas ya no abre el apetito. Miro pasar las caras cansadas mientras se aprestan a subir al cerro. Faltan tres días, solo tres días.

MARCELA FRÍAS VARAS, 39 años, Calama.

La micro de la suerte

Aún recuerdo lo bueno que fue el chofer y el saludo que me brindó al subirme a esa 114; hasta vuelto de más me dio. En el asiento encontré tirada *La Estrella* de ese día y comencé a leerla, pero ella fue la guinda de la torta: la del San José que se subió en la Avenida Brasil. No dejé de mirarla durante todo el viaje y ella me respondía con unas pestañadas coquetas. ¡Pero que buen día aquel! Sigo buscando a ese chofer, ese asiento, esa niña, esa micro, que fue mi micro de la suerte.

MANUEL OLMEDO ERAZO, 16 años, Antofagasta.

La Portada

Se dice que después del año 2100 hubo una catástrofe que acabó con casi todo. Solo sobrevivieron algunos humanos, que formaron una civilización retrofuturista gracias a la inteligencia adquirida en el pasado. Entonces unos exploradores que se hallaban viajando por unas tierras perdidas se detuvieron frente al mar. «Capitán, ¿qué fue este lugar?» «¿Ves aquella gran fortaleza de roca que le da la bienvenida al sol y frena las aguas, y que se mantuvo luego de la mayor catástrofe de la historia? Bueno, aquí existió Antofagasta.»

VALENTINA AGUILERA SEPÚLVEDA, 14 años, Antofagasta.

No debes jugar a la ouija

No debes jugar a la ouija. Ya te lo he dicho mil veces. Es peligrosa, puede atraer malos espíritus. Si no fuera por esta tabla, no estarías hablando conmigo, madre. Y ahora te invito a tomar desayuno con la sangre del papá, para que no nos moleste más.

MARCELO CUBILLOS VARAS, 13 años, Calama.

Costanera del ayer

MENCIÓN HONROSA

Trotando y caminando sobre el duro piso de la costanera, recorro las playas que bañan mis añoranzas. Mi juventud observa, con ojos gastados por los años, un horizonte extenso como una cinta sin final de modernidad. Antofagasta hoy se lee con muchas más letras.

JAIME ARÉVALO RODRÍGUEZ, 67 años, Antofagasta.

Doña Luz

Doña Luz lleva sus años bien distribuidos en el cuerpo. No se avergüenza de los rollitos ni de los llamados «brazos de murciélago». Es más, se asquea ante los bocinazos de los micreros y continuamente utiliza el dedo corazón como arma definitiva contra el sexismo. De noche, sin embargo, cambia la cosa. Doña Luz debe cruzar la Plaza Colón en soledad, y siente cómo esas luces desgastadas, inservibles, opacas y propias de Antofagasta hacen un pacto con testigos siniestros de su figura. Reza, reza para no sea la última vez en la que sea capaz de temer.

ROCÍO ORTIZ DÍAZ, 17 años, Antofagasta.

Profesión

Veo repoco a mi papá. Pasa siete días fuera y siete días en la casa. Lo peor es que no es minero.

PABLO ARANEDA MONCADA, 17 años, Antofagasta.

Una historia pintada

Cuchillos de viento golpeaban su rostro. Frío húmedo y solo mar alrededor. Iba en una balsa de cuero de lobo, mar adentro, en busca de grandes peces. Se escuchó un grito: ¡ahí está, son dos! Era su hijo en una balsa contigua, con el arpón en la mano y listo para comenzar la caza. La sangre cubrió todo de rojo. Los gritos ahogaron el sonido del mar. Todo era silencio. Solo la respiración les decía que seguían con vida, que regresarían a la costa, que tendrían comida, abrigo y nuevas armas de caza. Y una historia que pintar.

CRISTIAN CORTÉS ROJAS, 25 años, Taltal.

Carta de una hija

Recuerdo cuando me recibiste en tus brazos. Recuerdo cuando era pequeña y me llevabas a la Feria de las Pulgas, adonde tanto te gustaba ir. O cuando tomábamos té en el Balneario o la última vez que fuimos a La Portada. Recuerdo cuando me llevaste a la inauguración del estadio, cuando íbamos a la caleta o cuando te iba a buscar al taller de joyería en la calle Prat, tu trabajo durante más de treinta años, y paseábamos por la Plaza Colón y me subías al león. Ahora solo llevo tu recuerdo caminando hacia el cementerio.

RAYÉN RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, 13 años, Antofagasta.

Pelotas de trapo

Unas cuantas medias viejas bastaban. Mamá tenía la destreza insuperable de ovillar algunas gastadas calcetas de mi viejo, hasta dejarlas redondas como naranjas zurciditas con hilo negro. Y es que ella entendía la importancia de jugar y nos daba pasaporte hacia la inocencia de la infancia. Producto de sus manos artesanas, los días en mi Antofagasta de los setenta transcurrieron ágiles y felices más arriba de la línea del tren, en la apacible aridez de esa quebrada entre los cerros. Parecíamos remolinos de tierra buscando el gol, corriendo incansables tras la perfecta sencillez de aquellas inolvidables pelotas de trapo.

AGUSTÍN MATURANA VAUGHAN, 57 años, Antofagasta.

Clase social

Yo tan Balneario y tú tan Hornitos. Fue así como me di cuenta de que lo nuestro no iba a funcionar.

VALERIA VERGARA CARRASCO, 34 años, Antofagasta.

Dos cielos

No sé si alguna vez alguien lo habrá pensado, pero aquí no tenemos uno, sino dos cielos estrellados: el que se puede ver desde Paranal y San Pedro, alejado del mundanal ruido, y el que se puede ver desde las calles a partir de las 21 horas. La mayoría de los mortales no podemos aspirar a llegar ni a uno ni a otro.

LUIS IRIARTE VADILLO, 10 años, Antofagasta.

Yo lo conocí

Era muy temprano. Aún estaba oscuro cuando llegamos a la consulta. La gente ya hacía fila en la calle. El viejito tenía unos 75 años. Era un poco curcuncho, pero muy despierto y amable. La habitación estaba llena de muebles antiguos y a eso olía, a viejo, aunque igual era agradable. Me dio unos golpes suaves en la espalda y le indicó a mi mamá cómo repetir la acción antes de que me acostara. Me regaló un jarabe para la tos y nos despedimos. Cada vez que paso por la calle Rendic recuerdo esta historia. Ese resfrío fue inolvidable.

LEONARDO BRAVO NAUDUAN, 38 años, Antofagasta.

Decepción

Caminé hacia algo que brillaba pensando que era un diamante, pero solo era un CD roto.

VALENTINA TOLEDO MUJICA, 11 años, Antofagasta.

Cambio de roles

Ahora dicen que en Antofa los maridos se quedan en la casa cuidando a los hijos y viendo partidos en sus plasmas. Mientras tanto, las esposas suben a la mina semanas enteras, y cuando bajan dejan el depósito por la pensión alimenticia, conducen camionetas 4x4 rosadas y van a Condell a los cafés con piernas velludas.

MARYNA PIZARRO WYSKIEL, 17 años, Antofagasta.

El día de una paloma

Picoteo. Picoteo. Comía los trocitos de pan lentamente, disfrutando la recompensa de haber volado tanto tiempo. El agotamiento se venía sobre mí, pero seguía picoteando. Se acercaron dos palomas y tres gorriones. El viejo tiró cinco migas más. Los autos pasaban por la Plaza Colón. Cuatro perros se lanzaron a ladrarles a las ruedas. El viejo nos relató sus historias sobre convivir con las espinas. Picoteo. Picoteo. Me gustaba escuchar historias. Era una forma de distraerme de mi rutina con trozos de pan, más que picotear. Picoteo. Picoteo.

CAMILA OLAVE TORRES, 15 años, Antofagasta.

Mirando el atardecer

Un día cualquiera me reuní con mi padre, como lo había hecho muchas veces antes. Me acuerdo de que me llevó a la playa, donde nos sentamos sobre unos morros de arena y miramos el atardecer. Estábamos solo él y yo, y ahora comprendo cuánto realmente él me amaba, a pesar de su ausencia.

MARGARITA REYES GODOY, 34 años, Antofagasta.

Cuento escrito durante una actividad literaria realizada en el Centro Penitenciario Femenino.

Fe

MENCIÓN HONROSA

Recuerdo cuando tenía ocho años y mi papá me llevó a conocer el cementerio de mascotas en Quebrada Coloso. Estaba muy frío y oscuro. Mi padre me abrigó con una frazada y nos acercamos a ver a nuestro difunto gato. En ese instante se escuchó un ruido y todo fue muy rápido: una pequeña sombra del tamaño de un perro corrió despavorida y se perdió en el horizonte. Mi padre me dijo que era sólo un perro callejero, pero a mí no me engañó. Fue la primera vez que vi a un muerto levantarse de su tumba.

JAVIER ESCUDERO QUISPE, 25 años, Antofagasta.

Valiente

La luna llena alumbraba como poderoso farol el manto sombrío que cubría a la ciudad. Yo estaba en Latorre esquina Riquelme a eso de 23.30, cuando vislumbré a unos chiquillos que caminaban con prisa, y al pasar junto a mí oí que el mayor susurraba al otro: «Mejor nos apuramos. ¿Viste que a esta hora se pone peligroso por acá?». Ajusté mi ceñida minifalda, me equilibré sobre mis tacones y caminé buscando al primer cliente de esa noche. Yo ya le había perdido el miedo a la oscuridad.

CAMILA MUÑOZ CASTILLO, 30 años, Antofagasta.

Una cuelga de jurelitos

Con apenas cinco años ya sabía del hambre, pero con la firme esperanza de que a las ocho llegaría la Chatita, esa Chevrolet roja del 55 que aún deambula por las calles de Antofagasta. Sí, la esperada Chatita llegaba con dos o tres canastos de mimbre llenos de pan, ese que no se vendía en el día. Todos en fila, con bolsitas de género, tomaban lo justo, con conciencia del hambre de otros. «¡Vecinaaaaa!» gritaba ahora con dieciocho años. «¡Le traje una cuelga de jurelitos!». Y, sabiendo del hambre, agradecía, frente a un sartén a leña, la rica fritanguita.

VIVIANA LLANOS BRICEÑO, 48 años, Antofagasta.

Nota hallada en una animita

Hola, soy yo, tu ser amado que murió en esta sucia calle. Sé que te dolió. Construiste aquí un mausoleo en mi memoria. Desde entonces veo a los que amo en esta fría y peligrosa calle. La odio. Me recuerda la sangre en la boca. Hay desconocidos que me piden favores. Otros ya detestan mi rostro. Te amo, pero no soy tu Cristo. Por favor, no me invoques aquí, donde me desangré. Recuérdame ahí, donde era feliz. Sé que el dolor es tuyo, pero la calle es de todos. La muerte es solo mía.

CLAUDIO PAVEZ URQUHART, 47 años, Antofagasta.

El desierto chileno

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Recuerdo cuando mi padre llegó del trabajo y nos anunció a mi madre y a mí que nos mudaríamos a Chile. Cuando el avión aterrizó me di cuenta de que desde ahí en adelante tendríamos que vivir en Marte.

DARIANA SANDOVAL CEJA, 16 años, Antofagasta.

El empampado

Caminó por las profundidades de Roca Roja todo el día. Los pies le dolían. Tenía llagas en las plantas y tierra dentro de la boca y la nariz. Y en el cerebro. Prendió un fuego en una pirca abandonada y se acostó mirando el cielo. Las respuestas brillaban en la noche.

MARCO TALA PINTO, 31 años, Antofagasta.

Torre de tarros

En el asiento de la micro preparo mi pelota de panty. Es la única oportunidad. La gente alienta la jugada. La tensión del ambiente en la esquina de Maipú con Ossa nubla un poco mi vista. Aun así, la torre de tarros de manjar del centro de llamadas no se salvará esta vez.

JUAN PABLO LAGOS OGAZ, 30 años, Antofagasta.

Ilustración de Casco para el cuento «El desierto chileno» (p. 57).



El tendedero

El patio de la casa es grande, con piso de tierra y murallas de calamina descoloridas. Mi madre lava la ropa a mano en la batea de madera que la acompaña desde hace años. La estruja hasta dejarla arrugada y quedar sin aliento; luego levanta sus manos al cielo y la cuelga con toda la fuerza y dignidad de madre. ¡Jorgito, levanta el palo!, me indica. Me siento orgulloso de poder ayudarla y levantar ese palo inmenso, contra el viento y el peso de la ropa que aún gotea, y ponerlo en lo más alto, en el centro del patio.

JORGE VIDAL CASTILLO, 63 años, Antofagasta.

Cambios

Los pelícanos sustituyeron a las guacamayas. Desde mi ventana ahora se asoma el océano (mar inmenso nada pacífico) en lugar de las montañas que albergan al Zoológico de Caricua. Antofagasta es ahora mi realidad. Aquí las montañas son peladas. Me pregunto hace cuánto tiempo el ancestro de la selva perdió la vida allí. Las guaguas son los bebés; los muchachos, los cabros, que también los hay chicos; la camioneta, la micro; el copete, el trago; la rumba, el carrete; la chamba, la pega. Yo puedo ser la dama, la mina, la extranjera, la venezolana. En todo caso, aquí estoy descubriéndote.

DAGMAR SUCRE ROSALES, 49 años, Antofagasta.

Caliche y espectro de fiesta

Embriagados por el aroma, íbamos dejando, como una pisada en el aire, un espeso rastro de humo con olor a cebada. Una bruma borracha y festiva bañaba la arena disfrazada de neblina. La gente creía que era culpa de la marea y que nosotros éramos los cuerpos de los marineros ahogados que caían a la playa sedientos y festivos, pero éramos nosotros solamente, niños jugando a ser piratas de noche, brindando con ron en la costa, cantando y riendo hasta escuchar las sirenas.

GIANLUCCA ASTE ARIAS, 16 años, Antofagasta.

El tren de cobre

Ahí estaba ella, sentada en el sillón, esperando que el tren terminara de pasar para poder escuchar su telenovela predilecta. A veces el estruendo era mayor, pues venía cargado de dinero cobrizo.

CARLA CHACANA ROJAS, 28 años, Antofagasta.

Destino de Linzor

Había una vez un pueblo muy pobre situado a los pies de un volcán llamado Linzor. En él vivían como noventa habitantes que querían ser felices. Era casi en el inicio de la historia, y las casas no tenían número ni patio trasero. En ese lugar había agricultores y recolectores. Los segundos recogían lo que los primeros sembraban, y luego todos se lo repartían. Un día nevó en el pueblo y todos quisieron ser nómades o vivir como mariscadores en la playa. Pero se les pasó cuando las cabras bajaron y nuevamente tuvieron queso fresco para comer con pan.

CARLOS RUIZ-TAGLE VIAL, 57 años, Antofagasta.

El Loco Minero

Durante los años ochenta, los morenos cerros de Antofagasta cobijaron al Loco Minero, viejo que jugaba a aparecer y desaparecer en sus quebradas, mientras los niños escapábamos despavoridos al escuchar el ruido de los cacharos que colgaban de su cuerpo. Un día, armados de valentía, lo seguimos hasta la Mina del Ahorcado, donde vivía. Desde entonces nadie volvió a verlo. Se dice que se lanzó al abismo del pique al saber que habíamos descubierto su gran secreto.

TANIA SEPÚLVEDA INZUNZA, 47 años, Antofagasta.

El vagabundo

Nadie sabe su historia real ni de dónde proviene. Hay quienes dicen que es de Río Maule o quizás de la Boinilla. A ciencia cierta, nadie sabe nada. Solo se ve que deambula por las calles de Antofagasta. De aquí para allá, con su rostro oscuro, la barba tosca y su caminar solitario. A veces pasa raudo por Avenida Brasil. Hay días que descansa en el Parque Croata o recorre el puerto. No hay seguridad de su nombre, no molesta, no existe. Únicamente camina. No hay familia, no hay nada. El vagabundo se ha convertido en mito. Se ha esfumado.

JUAN ROCO MIRANDA, 34 años, Antofagasta.

La manda

Le pidió a la Virgen poder danzar en su silla de ruedas y tener un guiño de amor. Cuando llegó el día, él la tomó de la mano suavemente e hizo girar su silla. Ella se vistió de rosado y se puso un llamativo gorro andino. Los rodearon diez chunchos, que formaron después filas paralelas. Todos felices danzaban al son de la música en la Plaza El Olivar. Ella volvió a tener fe. Se encontrarían en los juegos inclusivos domingo por medio.

ZUNILDA VILLALOBOS RAMOS, 51 años, Antofagasta.

El pueblo del encanto

Al alba partimos hacia Kosca, el pueblo natal de mi madre. Estamos felices porque veremos a mi abuelita Margarita, mujer maravillosa que nos espera con sus comidas hechas en la cocina a leña. El camino pedregoso, dañado por la lluvia y el paso de los camiones, nos aleja cinco horas de nuestro destino. Sin embargo, estamos ansiosos por llegar. La altura nos hace respirar agitadamente. El olor a tola y rica-rica y unos montes nos anuncian la cercanía de nuestro querido pueblo. Mi abuelita está esperándonos en la entrada de su choza. Hemos llegado al pueblo del encanto.

VÍCTOR PACHAO GONZÁLEZ, 39 años, Antofagasta.

Los segundos pisos

El centro de Antofagasta tiene algo escondido. Cuando la 103 se detiene en la Plaza Colón, y la 112, desde Valdivia, pasa por Latorre subiendo por Prat, mientras se encienden las luces de los postes al caminar por Condell hasta llegar a la esquina con Baquedano, la vejez de las calles inquietas me dice que el secreto solo lo entienden aquellos que elevan la mirada a los segundos pisos.

SOFÍA GONZÁLEZ ROBLERO, 21 años, Antofagasta.

Maldición gitana

Ella sabía la verdad. En sus hermosos ojos azules, detrás de su larga cabellera y sus faldas coloridas, tenía el don de la adivinación. Leía la suerte a cambio de unas monedas, justo frente al reloj de la plaza. Mientras alimentaba a las palomas con unas migas de pan, se cruzó con un joven que la miró con sus profundos ojos negros: «¿Te leo la suerte, paisano? Las manos no mienten». Un escalofrío corrió por su espalda. ¿Cómo decirle el trágico final que tendría? Prefirió mentirle. A veces es mejor que la muerte te pille por sorpresa.

ROSA SALAS NÚÑEZ, 37 años, Antofagasta.

Mami Julia

Mi abuela se puede olvidar de todo: el día, los nombres, las recetas, el orden de las cosas y muchos recuerdos, más veces de las que me gustaría decir en público. Aún no veo el día en que no me pregunte si he tomado desayuno o tecito, o si me falta dinero cuando salgo. Hay sentimientos que trascienden la enfermedad.

CLAUDIA PÁEZ VALDÉS, 27 años, Antofagasta.

Cuento Corto

MENCIÓN HONROSA

Me gané el apodo entre mis pares después de que un tiro, en la mina, arrancara de raíz cuatro de mis dedos, con los que siempre soñé convertirme en un avezado escritor.

MARÍA ELENA ALFARO RIVERA, 53 años, Antofagasta.

La campanada que no llegó

Mientras miraba a las palomas pelear por las migajas de mi sándwich, la hora de colación me parecía eterna. Poco sabía yo que el reloj de la plaza se había detenido.

PAULINA CELIS GONZÁLEZ, 26 años, Antofagasta.

Juanita Guajardo

Desde las profundidades acuosas emergió buscando justicia. Ni los pesados rieles y cadenas pudieron con su espíritu. En esta playa quedaron sus restos, impunes ante la justicia mundana, pero repletos de la justicia divina. Los fieles que te peregrinan impedirán con su fervor la amnesia de tu muerte. Buscarán el consuelo de sus penas en tus milagros concedidos.

JUAN GONZÁLEZ MARTÍNEZ, 46 años, Antofagasta.

Petrificada

Quedamos de encontrarnos en el centro de la ciudad. Tomé la decisión más difícil de mi vida y lo dejé todo. Para empezar de nuevo no me permití cargas ni ataduras. Me puse mi mejor vestido y te esperé ilusionada. Esperé por largos ratos, ratos que se volvieron eternos, ratos que se convirtieron en meses y luego en años, hasta petrificarme, hasta convertirme en piedra entre la gente, y allí me quedé, en el centro de la ciudad, para que me puedas encontrar.

XIMENA RÍOS BURGOS, 54 años, Antofagasta.

La espera

El cansancio del trabajo le pesaba y se sentó en un peldaño de la Plaza Sotomayor. Miró su reloj: marcaba las seis de la tarde. Movía la cabeza para todos lados, buscando entre la multitud. Buscaba y buscaba el rostro que recordaba, pero las ansias le jugaban malas pasadas. Entre vendedores y artesanos se perdía. El carrito de los algodones de azúcar le llamó la atención por algunos minutos, mas no lo suficiente para evadirlo de su plan. Cerca de las siete una voz gastada lo sacó de sus cavilaciones: «Feliz de verte después de quince años, hijo».

CLAUDIA ALFARO TELLO, 32 años, Antofagasta.

Los sueños son reales en Antofagasta

Iba al oculista en un piso muy alto del edificio. Al entrar en la sala de espera quedé frente a frente a una bandada de cinco jotes parados en el borde externo de la ventana. Desde tierra firme siempre los miraba con el cuello hacia arriba, y ahora, viéndolos en detalle, sus caras eran diferentes a como las imaginaba. Pronto tomaron vuelo y, al igual que desde la tierra, me sentí como si estuviera volando con ellos. Al rato entendí que me había quedado dormida, pero lo que nunca olvidaré es que los sueños se vuelven reales en Antofagasta.

TRINIDAD DÍAZ ESTAY, 11 años, Antofagasta.

El Canilla

El Canilla, flaco acelerado bueno para la pelota, mete rápidamente sus camisetas en su eterno bolso pasado a pichanga de barrio. Llegan ambos planteles, Los Wawitos, equipo universitario del Canilla, y Los Almejeros, equipo playero con el que el Canilla había campeonado las regionales el año anterior. Anuncian el vuelo a Santiago. ¿Cómo se pasan las penas?, grita un almejero. ¡Jugando a la pelota!, le responde alegremente otro. ¡Vamos, entonces! Anochece. El Canilla deja sus apuntes un momento (el semestre está finalizando) y desde su ventana intenta atrapar con su mirada algún balón alto, rompiendo la noche playera.

ANA MARÍA ÁLVAREZ PEDREROS, 55 años, Antofagasta.

El último esfuerzo

«Es lo único que te puedo dejar, ya va quedando poco», me dice mi padre. Mi mamá me dice que es por mi futuro. Mi hermano no dice nada, pero sé que no quiere que me vaya. Yo, cabizbajo, asiento frente a todo lo que me dicen. Los miro, me subo al bus. Regreso a Antofagasta.

NICOLÁS DROLETT SAN FRANCISCO, 24 años, Antofagasta.

Paciencia de guajache

Formados en el borde del muelle del terminal pesquero se encontraban los impacientes guajaches, esperando que la mano bondadosa de la señora limpiadora de pescado lanzara al aire el succulento manjar.

BERNARDO ENCINA OLIVARES, 59 años, Antofagasta.

Junyong

Junyong llegó llorando un martes a las ocho de la mañana. Como toda su familia, no entendía nada de nuestro idioma. Su padre era un severo trabajador en Mejillones. Cuando un niño le pegó, lo primero que hizo fue llamarme a mí. Me dijo «tía Tania». Aprendió los colores y los números, gritó el ceacheí, supo quién era Prat y se hizo amigo de una niña colorina. Él nos quiso como nosotros a él. Cuando tuvo que volver a Corea, lloré yo al verlo partir.

TANIA LARA GALINDO, 29 años, Antofagasta.

El ermitaño de los cerros

Doce años llevaba ese caballero ahí. Flaquito, débil y moribundo. No hablaba con nadie. Comía casi puro pan duro y tomaba tecito calentado en una olla con leña, hasta el día en que vio su carpa rodeada de palos, calaminas y negritos. Sin esperar, tomó sus cuestiones y se mandó a cambiar literalmente a la punta del cerro. Ahora, y desde arriba, se siente cada vez menos solo. Las luces de los barcos y el sonido del viento lo mantienen despierto y vivo. Como todo buen ermitaño.

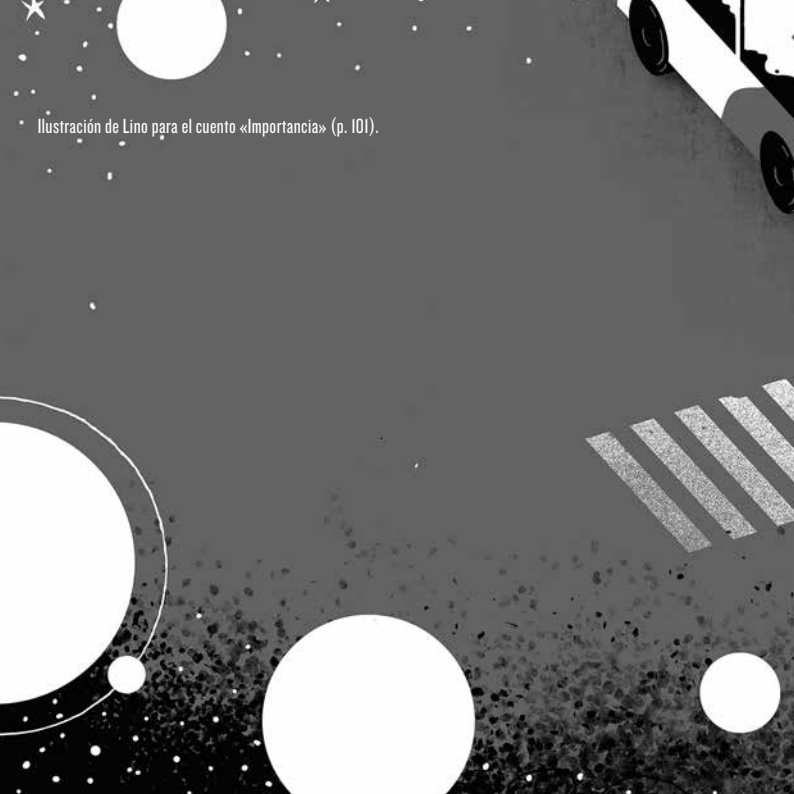
YERKO AYÁN FIGUEROA, 29 años, Antofagasta.

La novedad en los años ochenta

¿Se acuerda alguien de que se formaba una fila de chiquillos y chiquillas para bajar por la escalera mecánica del caracol de la calle Prat? De fondo, la música de los Bee Gees acompasaba la carrera para subir de nuevo y sentir el vértigo de bajar inmóvil en el peldaño que tocaba.

PATRICIA CARRIZO CARVAJAL, 60 años, Antofagasta.

Ilustración de Lino para el cuento «Importancia» (p. 101).





Uno para ti y otro para mí

Nunca nos pedimos pololeo oficialmente, pero siempre nos unirá la docena de churros con azúcar flor que compartimos en el Trocadero.

NATALIA MOYA CORREA, 24 años, Antofagasta.

Desierto florido

MENCIÓN HONROSA

¿Dónde estoy?, pregunta desorientada la mariposa. ¡En Antofagasta!, contesta la lagartija.

ANGELINA ARAYA DUBÓ, 40 años, Antofagasta.

Volver

Luego de que el ataúd fuese depositado en uno de los nichos de la parte alta del Cementerio General y que la gente se despidiera con esa lástima protocolar, mientras aspiraba el humo del penúltimo cigarrillo y recibía los rayos anaranjados del sol en su trayecto a esconderse en el mar, en medio de los jotes que vigilan a nuestros muertos y el viento del atardecer que levanta la tierra seca y acerca el olor a flores marchitas, sintió que esa era su ciudad y que esta vez sí se quedaría.

FELIPE ANDRADE LEGUA, 28 años, Antofagasta.

Triste recuerdo

En la mañana, temprano, caminé y caminé por la pampa, creo que kilómetros. Llevaba un tarro con agua para regar las pequeñas hierbas que habían salido alrededor de la tumba de mi primer hijo, muerto a los cuatro meses.

ROSA EVANGELINA CORTÉS, 80 años, Antofagasta.

El gringo

Un día paseando por la playa me encontré con un gringo. Con sorpresa le dije: «¿De dónde eres?». Me miró y me dijo: «Yo ser de California». Lo invité a tomar té a mi casa. Mi mamá nos sirvió y conversamos harto rato. Me dijo que la razón por la que viajó para acá fue que quería aprender español. Así que le enseñé varias cosas que él no sabía. Le di unas empanadas que hizo mi mamá y se volvió a California. Unos días después me llamó para decirme que estaban muy ricas las empanadas.

MATÍAS ARAYA ACUÑA, 12 años, Antofagasta.

Diciembre de 1978

Silenciosamente conducía la locomotora, con el vaivén adormecedor de la máquina. ¿Su cargamento? Pertrechos militares. Iba de Antofagasta a la frontera de Socompa. Él conocía la tensión existente con Argentina. Silenciosamente conducía la locomotora, con su mirada perdida en la cordillera. ¿Su preocupación? El tren, la patria, su familia. Con un nudo en la garganta se acercaba a un incierto destino.

ERNESTO PINTO CORTEZ, 51 años, Antofagasta.

Las ruinas de Huanchaca

Cuando era más pequeña pensaba que en las ruinas de Huanchaca había fantasmas y por eso me daba miedo ir. También me contaron que mi abuelo había muerto allí. Un día iba pasando por ahí y por curiosidad entré. Caminaba lento, tenía miedo y sentía que me seguían. Corrí, y de repente me encontré con una luz, que me decía: «No tengas miedo. Soy como tú. No te haré daño, pues soy tu abuelo, que vive aquí». Cuando volví a mi casa me di cuenta de que no había fantasmas, sino espíritus que viven.

SOFÍA FLORES BARRAZA, 10 años, Antofagasta.

El circo

Mientras su madre espera en la banca al lado del reloj, Alvarito va en busca de una aventura. Es parte del mejor circo de Antofagasta. Ya comienza la función. Primero el trapecista, luego los malabaristas y después los payasos. Ahora es el turno de él, el mejor domador de leones del país. El público aplaude cada hazaña suya. Se alista para su truco final: montar al león. «¡Redoble de tambores!», grita el animador. La concurrencia se pone nerviosa. Uno, dos y tres. ¡Lo logra! Alvarito, emocionado, saluda al público, hasta que escucha: «¡Álvaro, bájate del león, que tu papá llegó!».

SCARLETT PINO MOYA, 25 años, Antofagasta.

Palabras bonitas

Mi hijo dijo que fui un buen padre, olvidando las golpizas que le propiné. Mi esposa mencionó que fui un esposo ejemplar, pero quien más lloraba era mi amante. Los del banco destacaron mi honradez, desconociendo que me quedaba astutamente con dinero de los clientes. Fui socio fundador del CDA, pero no sabían que nunca pagué las cuotas. Alguien dijo que debí ser nombrado Hijo Ilustre de Antofagasta: ignoraba que nací en la capital y que despotricaba contra La Perla del Norte. En fin, eran solo palabras bonitas que se dicen cuando uno está en un oscuro cajón.

MANUEL GONZÁLEZ CRISTI, 69 años, Antofagasta.

Descanso

Iba caminando cuando una gota cayó en mi cabeza. Entonces supe que la felicidad llegaría. No habría ni colegio ni trabajo, y todo quedaría empapado.

MARTINA HELMS BERNALES, 11 años, Antofagasta.

Amor imposible

Salimos del liceo y te sigo. Somos compañeros de curso, pero no te hablo. Voy callado atrás de ti; prefiero mantenerte lejana, como si fueras una idea irrealizable. ¿Por qué? Porque te demoras poco en llegar al paradero y tomar la 14. Y yo reconozco que soy un cobarde: no hago muchos sacrificios ni estaría dispuesto a dar tantas vueltas por amor.

RICARDO ZEPEDA MONTENEGRO, 19 años, Antofagasta.

E-mail

Puso su clave, 2560, los gramos de su hija al nacer, e ingresó para revisar su correo. Ahí estaba el mensaje de la mujer que le aseguraba ser amante de su esposo. La descripción de cada uno de los tatuajes de él y las palabras que usaba al tratarla –mi negrita, mi chanchita– la convencieron de que aquella mujer decía la verdad. Mientras bajaban lágrimas de sus ojos, se levantó para poner la mesa y servir la cena: ya no sería la misma ni lo mismo. En eso entró su pareja y la saludó: hola, mi negrita.

RENÉ GONZÁLEZ GALLO, 52 años, Antofagasta.

Nortinito

Fui al sur en mis vacaciones y en el desayuno les pedí a mis tatas una empanada de pollo-queso, y me miraron raro. Luego salimos de paseo y les pregunté si íbamos en liebre, y se rieron. A la once les pregunté si me hacían un pan con aceitunas, y ahí mi tata me dijo: ¡ay, mi nortinito!

SAMUEL VARGAS VILLEGAS, 7 años, Antofagasta.

Importancia

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Después de oír las noticias sobre el descubrimiento del nuevo continente Zelandia y de los siete planetas con agua cerca de la Tierra, ya no me estoy preocupando mucho de la micro 104, que se demora tanto en pasar por aquí.

RICARDO HONORATO HERMOSILLA, 69 años, Antofagasta.

Terremoto

Esta noche es la primera que pasamos en nuestra casa propia. Estoy feliz. A las cuatro de la mañana siento un ruido subterráneo y un movimiento casi imperceptible. El ruido va creciendo. Me asusto. Tomo a mi hija y la abrigo bien. Esto ya está durando demasiado y estoy segura de que en cualquier momento vendrá el latigazo grande de un terremoto. El ruido es horrible, así que salgo para afuera... en el preciso momento en que está pasando el tren al otro lado de la calle.

YASNA SÁNCHEZ ESTAY, 48 años, Antofagasta.

Raíces

Mi papá nació por casualidad en Ovalle, pero nunca volvió a esa ciudad. A los días ya lloraba en Pampa Unión. Mi mamá nació en una oficina salitrera llamada Anita. Camino a Calama aún se pueden ver sus escombros bordeando la carretera. Mi hermana mayor nació en la oficina Vergara, donde también nació el amor de mis padres. Mis otros dos hermanos vieron la luz en María Elena. Cuando tanto camino de chusca, sol y caliche se terminó, bajaron a la costa, donde de pura suerte llegué a este mundo. Yo nací en Antofagasta.

LEONARDO BRAVO NAUDUAN, 38 años, Antofagasta.

De pino y salitre

Mezcla de carne, cebolla y comino, cocándose lentamente. La hija de Teresa prepara la masa mientras sueña con el mar de Dubrovnik. Entre licores, chocolates y conservas, una música de bandurrias ameniza la espera, como en aquellas viejas pulperías del desierto. Pareciera haberse detenido el tiempo en el emporio de la esquina. Lo cierto es que los minutos corren y el hambre aumenta en la fila de paisanos que esperan su turno. Y el profe Bernardo no deja de entrar y salir desde la secreta puerta del fondo, con el cargamento recién horneado, envuelto en nostalgia, papel y pita.

FELIPE ESPINOSA CHELLEW, 45 años, Antofagasta.

El viejo chicha

Apenas abre sus ojos, un malestar intenso lo abrumba. No es el frío de la noche ni el hambre. Mucho menos el hecho de estar hediondo. Entre tiritones destapa su petaca y con todas sus fuerzas le da un sorbo. Comienza a sentir el calor recorriéndole el cuerpo, tranquilizándolo. Se queda un momento en silencio, con la mirada perdida, recordando que alguna vez tuvo un cálido hogar, una bella familia, y que, al igual que su botella, simplemente se acabó. Levantándose resignado, solo se anima a pronunciar una simple frase: «Amigo, ¿me regalaría una moneíta?».

SALVADOR ROCCO CASTILLO, 29 años, Antofagasta.

La cita

Hoy es nuestra primera cita. Punto de encuentro: el león de la Plaza Colón. Llevo diez minutos esperándola. El reloj de la plaza indica las seis: debe estar por llegar. Me fumaría un cigarro, pero sé que a ella no le gusta y no quiero oler a cenicero. Debería haber comprado una rosa o chocolates para que no piense que soy tacaño. Mis manos sudan de los nervios. Hay muchas gitanas dando vueltas. No me gusta que me lean las manos; prefiero darles dinero, definitivamente. Necesito un cigarro: el reloj indica las siete y su celular está apagado.

VERÓNICA BRIZUELA MATURANA, 30 años, Antofagasta.

Recorrido

Tenía que pensar. Así que tomé la 114.

LORETO CASTILLO OLIVARES, 18 años, Antofagasta.

¡Los toros!

De Argentina venían los toros, hacinados en los vagones de tren del FCAB. A veces el tropel se escapaba y corría por la calle Iquique. Todos miraban desde las ventanas de las casas vecinas o encaramados en el portón del Desvío Norte. De vez en cuando algunos los anticipaban corriendo despavoridos. Hacia el norte, más allá, estaba el matadero, su trágico destino final. Era nuestro pequeño San Fermín. Yo corría también con miedo terrorífico delante de ellos, pero no avanzaba ni un maldito milímetro. ¡La misma pesadilla de siempre!

ÁNGELA OCARANZA BRUNA, 63 años, Antofagasta.

Sonia

Se llama Sonia y tiene mi edad. Atiende el último kiosco de la aduana de Quillagua, de nueve de la mañana a nueve de la noche, los siete días de la semana. Sonia tiene tres hijos, que dejó al cuidado de su madre en Santa Cruz, Bolivia. Mientras bebo un té caliente habla sobre ellos y me cuenta que hace meses no los ve. Estoy terminando mi té cuando el auxiliar del bus me avisa que nos vamos. Yo me despido de Sonia. Ella, con una sonrisa, me dice «buen viaje».

VERÓNICA ARÉVALO GUTIÉRREZ, 30 años, Antofagasta.

Tren a Mejillones

Nací y me crié en un sector de la calle Esmeralda. Mi casa era de madera, con arpilleras y bolsas de saco que mi mamá pintaba para adornar nuestras paredes. Recuerdo una tarde acalorada de cuando tenía cinco años. Mi mamá cosía en su vieja máquina a pedal. Yo estaba apoyada en una pared, y veía hacia el norte los cerros de muchos colores y me preguntaba: ¿cómo un tren podría atravesarlos para llegar a Mejillones?

SILVANA CÁCERES HERREROS, 60 años, Antofagasta.

Católica

Me subí a la micro y como a las dos cuabras se subió él. Me dio un paquete de dulces y se sentó a mi lado. Me dijo su nombre, que su equipo favorito era la Católica y que ir al supermercado era «entrar y comer gratis». Me contó que en su vida no quería más que fútbol y pachanga, y que su mamá aún lo retaba por gastar su poca plata en viajar a ver partidos y no en estudiar. Se bajó pasadito la Vega, impregnando un aroma a jamón cervecero y libertad en el respaldo del asiento.

GIANLUCCA ASTE ARIAS, 16 años, Antofagasta.

Amincha y Aucanquilcha

Nunca conocí el campamento ni la estación de la azufrera. Mi tío siempre nos relataba que él, sus hermanos y sus hermanas habían trabajado ahí. Mis tías lo hacían en la alimentación y mis tíos en las maquinarias y en la extracción. El frío era implacable en el volcán. También caía nieve, la que les brindaba muchas alegrías. Del volcán bajaban en sus caballos echando carreras justamente en la nieve. Al preguntarle a mi tío si eran muchos los caballos, nos decía que en realidad eran las palas que utilizaban para trabajar. Eran niños grandes.

VÍCTOR PACHAO GONZÁLEZ, 39 años, Antofagasta.

Caña antofagastina

Se tambalea en el paradero. Cuando aparece la micro, intenta mantener la dignidad. «Estas no son horas de andar estudiando», dice el micrero. Él pone su mejor cara de borrachín buena onda mientras guarda el pase escolar. Igual lo deja subir. Total, la micro va llena de «estudiantes». Todos luchan contra el sueño, cabeceando y achinándole los ojos al caregallo, que recién asoma. Él no. Él se acurruca y se dispone a dormir. Está acostumbrado a su peregrinación semanal, de sur a norte, de El Huáscar a La Chimba Alto. Es la madrugada del domingo. Él es Chungungo.

PATRICIO SEPÚLVEDA OLGUÍN, 26 años, Calama.

Los últimos buscadores de oro

Cuatro calicheros deambulaban perdidos por la vasta pampa, cuando divisaron en la cima de un cerro la silueta enorme de un perro negro que, luego de arrojar aullidos metálicos, huyó por las colinas. Los exploradores corrieron tras el animal; la ambición anulaba sus miedos. Lo encontraron escarbando con violencia un agujero. Esperaron a que el cancerbero se alejara para clavar sus picotas en el mismo lugar. No alcanzaron a penetrarlas: una avalancha de tierra se les vino encima. El perro negro, con sus patas traseras, enterraba así a los últimos buscadores de oro, manteniendo a salvo la Veta del Diablo.

SEBASTIÁN CHÁVEZ PEÑA, 29 años, Antofagasta.

MINERA ESCONDIDA / BHP Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso!
Del 26 de abril al 13 de julio de 2018
en www.antofagastaen100palabras.cl

PRESENTAN



**MINERA
ESCONDIDA**

BHP



**PLAGIO
FUNDACION**

MEDIA PARTNERS



EL CANAL
DE CHILE



COLABORA



Universidad
Católica del Norte

PROYECTO APOYADO



DONACIONES
CULTURALES